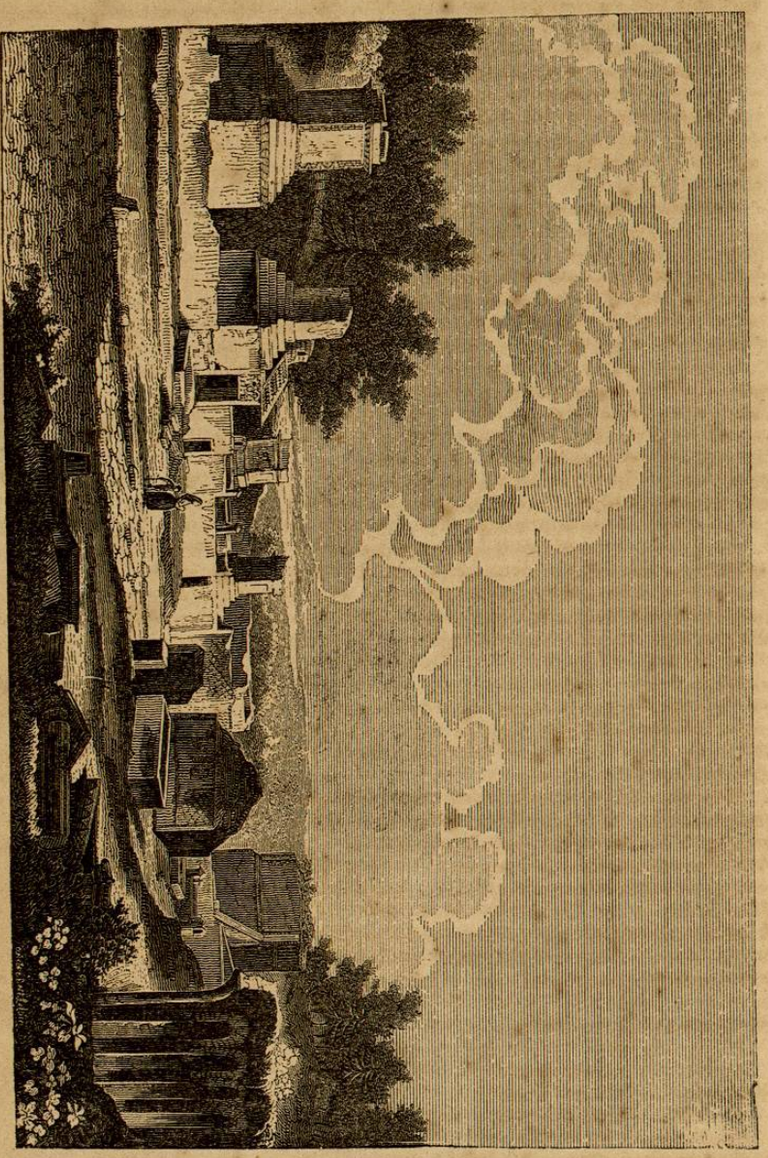

Vista de Pompeya, *pág.* 185.

de Munacio Fausto. Un jóven sacerdote coloca la urna sobre el altar, asistiéndole un niño. A la derecha están los decuriones, los oficiales del municipio, y los *sex viri augustales*, de que Munacio tenia el honor de formar parte, y que van á cumplir sus últimos deberes para con su colega. A la izquierda se adelanta un grupo de hombres y de mugeres hácia el altar y presenta ofrendas. Entre las últimas, una jóven se desmaya traspasada de dolor. Los eruditos, por su propia autoridad, han asegurado que este personage era la misma Nevoleya. No tengo absolutamente nada que decir contra esta opinion.

Despues de haber examinado este magnífico sepulcro, y mientras Jadin sacaba su boceto, bajé al columbarium. Este era una habitacion pequeña de seis ú ocho pies cuadrados; un nicho practicado en la muralla contenia una grande urna de arcilla, llena de cenizas y huesos. Los mismos eruditos han asegurado que eran los restos de Nevoleya y Munacio, sentimentalmente reunidos para toda una eternidad. Otras urnas habia que contenian otros esqueletos, y ademas las monedas destinadas á Caronte. La Academia de Nápoles se ocupa en decidir en la actualidad si será de aquel uso antiguo de donde viene la costumbre de pagar un cuarto al pasar el puente de las Artes.

Tambien se encontraron en el suelo tres vasijas de barro encerradas en otras tres de plomo; una de esas vasijas contenia el agua, las otras agua, vino y aceite, sobre el que nadaban huesos. En el fondo habia un precipitado de cenizas y de sustancias animales. Estos eran los restos de las libaciones y de las esencias que se derramaban ordinariamente sobre las reliquias de los muertos cuando se les depositaba en el sepulcro despues de haberlos recogido de la pira.

El sepulcro de la segunda Tice no era menos curioso que el de la primera. Es un cenotafio de la misma forma precisamente que el que acabamos de describir, encima del que hay un cipo que sostiene una cabeza humana vista de frente, con los cabellos reunidos en trenzas y anudados en la parte posterior del cuello. Sobre esta cabeza está grabada la inscripcion siguiente, que ha dado mucho que hacer á los anticuarios, y que sin embargo me parece muy sencilla:

JUNONI
TYCHES JULIÆ
AUGUSTÆ VENER.

Se ve que los antiguos, en materia de cortesanía, estaban todavía mas adelantados que nosotros. Todo título que los aproximaba á los príncipes les honraba, cualquiera que fuese ese título. Hojead á Tácito, y vereis que Petronio desempeñaba con mucha honra cerca de Neron el empleo que Tice habia aceptado cerca de Julia. Despues de haber ganado su pension de retiro, Tice se retiró inmediatamente á Pompeya, donde probablemente hizo penitencia por su vida pasada, puesto que al morir se encomendaba á Juno, la mas arrogante de todas las diosas. Verdad es que los anticuarios esplican esta anomalía diciendo que las divinidades protectoras de las mugeres se llamaban *junons*, y las de los hombres *genies*; pero en ese caso me parece que debia haber un plural en vez de un singular, y que se leeria en el epitafio *Junonibus* y no *Junoni*. Someto esta observacion á los señores arqueólogos con toda la modestia de un neófito.

El sepulcro de Calvencio, descubierto en 1838, es como el de las dos Tices, del buen tiempo de la arquitectura romana. Tambien, y como para librarle de los desacatos de los transeuntes, está rodeado de paredes sin abertura. Su materia es de mármol blanco, sus adornos son de un bonito estilo, y termina en dos haces de palmas con cabezas de carneros. Era como Munacio Fausto un augustal; como Munacio Fausto gozaba los honores del bissellium.

He aqui su epitafio:

«A Cayo Calvencio Quinto Augustal. El honor del bissellium le fué concedido por decreto de los decuriones, y con el consentimiento del pueblo, á causa de su magnificencia.»

El cenotafio de Calvencio es macizo; es decir, es un sepulcro honorífico. La pared que le rodea y le protege habia hecho creer que penetrando en su interior se encontraria en él algun tesoro oculto. En consecuencia, abrieron el monumento del lado que mira á Oeste. Entonces fué cuando vieron que se habia cometido una profanacion inútil.

Dos coronas de encina indican que al honor del bissellium unia Calvencio el honor mas insigne todavía de haber recibido la corona cívica.

Ademas de los cuatro sepulcros que acabamos de describir, hay otros sesenta, ante los que nos contentamos con hacer pasar al lector, como Ruy Gomez de Silva hacia pasar á Cárlos V ante una parte de sus abuelos. Pero si, como hace al respetable tutor de doña Sol, advertimos que los pasamos de los mejores, á fin de llegar mas pronto á la puerta de Pompeya.

XIV.

ANUNCIOS.

Seguimos la via consular y llegamos á la puerta de Herculano. Digamos breves palabras acerca de la via consular y de la puerta de Herculano; despues daremos una vuelta por la misma ciudad de Pompeya.

La via consular es un ramal de la famosa via Apia que iba de Roma á Nápoles; se unia á ella por el Norte de Cápua, y se estendia por el Mediodía hasta Reggio; esta era la tercera via romana descrita por Strabon, que pasaba por el pais de los Bruzos, la Lucania, Samnio y la Campania, donde volvia á unirse á la via Apia.

Esos caminos generales estaban bajo la inspeccion de los censores que debian conservarlos en buen estado. Tito Livio señala á aquellos apreciables magistrados los deberes que tenian que llenar respecto á este punto. «Los censores, dice, deben en el interior de las ciudades, hacer construir los caminos con pedernal; pero en el campo y estramuros deberá construirse con guijo, lo mismo la carretera que los andenes.» Ahora bien, ¿eran esos caminos de guijo otra cosa que nuestras calzadas? M. Macadam es un completo plagiario en habernos dado la invencion como suya, cuando, como se ve, data de unos veinte años antes de Jesucristo.

La ciudad de Pompeya está todavía hoy empedrada segun las reglas de la época. Solo si, en el campo, los caminos están un poco deteriorados, y no hubiera sido malo que los censores se ocupasen de ellos.

En cuanto á la puerta de Herculano, no hay nada que modificar en ella, está en relacion con la metrópoli á que da entrada: ruina que da entrada á ruinas, poterna sin centinela que conduce á una ciudad sin habitantes.

Su bóveda se ha desplomado cansada ya de llevar sobre sí diez y siete siglos. El rastrillo se ha hecho polvo como el polvo que le cubria; pero las aberturas laterales, mas estrechas y mas bajas, han conservado sus bóvedas; todavía se ve la ranura donde encajaba la verja que ha desaparecido.

Al llegar á las puertas de Pompeya, se detiene uno un momento, se mira al rededor delante de sí, se dirige la vista á todas las revueltas de las calles, á todos los ángulos de las ruinas, á todas las desigualdades del terreno; no se ve un ser viviente; se escucha y no se oye el mas leve rumor.

Preséntase lo primero una escalinata de anchas gradas; esta escalinata conduce á las murallas, que fueron descubiertas en 1811 y en 1814; es decir, durante el reinado de Murat.

Esas murallas fueron edificadas, como las de Fiesole, Roselle y Volterra con grandes piedras colocadas de través en su base, y en su parte superior con piedras volcánicas colocadas unas sobre otras, sin otra union que su propia caida, sin otro cimento que su peso. Tres carros podian pasar por ellas de frente; y hoy se puede pasear por ellas como en los dias de Sila y de Ciceron.

En el reverso de cada piedra hay letras oscas y etruscas grabadas; supónese que tallándose estas piedras de antemano en la cantera de donde se sacaban, las letras eran señales trazadas por los obreros para reconocer la posicion que debia ocupar cada una de ellas.

Desde lo alto de aquella muralla se domina, como Asmodeo, una ciudad sin tejado.

Al bajar de la muralla se encuentra á la izquierda la casa del Triclinium; un banco cubierto de un emparrado, ha hecho se les dé ese nombre gastronómico. Habia sido puesta por su amo bajo la custodia de la Fortuna, cuya imágen se encontró en una especie de capillita.

Frente á esta casa está la de Julio Polibio. No podia haber equivocacion, porque el nombre de JULIUS POLIBIUS estaba escrito sobre la puerta en letras negras.

Ahora bien, ¿cuál era su destino? Entre los eruditos anticuarios, unos pretenden era una posada, otros una parada de posta. Fúndanse en que se han encontrado allí huesos de caballos y piezas de hierro que no podian ser mas que ejes.

A seguida de esta casa se eleva un gran poste cuya naturaleza preocupa mucho á la academia de Herculano. Primero aseguró, entre otras cosas, que esta imágen era un talisman contra la gettatura, y despues, reconoció en él una muestra de joyero. Como esta opinion era la menos plausible, todos se mofaron de ella.

Verdad es que las escavaciones ejecutadas en la casa inmediata dieron por resultado una gran cantidad de objetos semejantes de coral, oro y plata, los cuales se llevaban en otro tiempo, como se llevan hoy en Nápoles los cuernos. Necesario es decir el pro y el contra.

Pero lo que sobre todo nos llamó la atencion, es la cantidad y variedad de inscripciones de letras negras y rojas, en caractéres oscos ó samnitas, en latin ó griego, que tapizan las paredes. Lóndres, la ciudad de los pufs por escelencia, donde se alquila el menor trecho de pared blanqueada, donde los anuncios, despues de haberse elevado del primero al segundo piso, trepan del segundo al tercero, montan sobre el tejado y van á colarse por la chimenea; Lóndres bajo este punto de vista se queda muy atrás de Pompeya: ¿qué vale un miserable pedazo de papel que lleva la primera ráfaga de viento, que la mas insignificante lluvia despega, que el primer chiquillo arranca, al lado de esa tinta indeleble que dura hace mil ochocientos años?

Asi, en vez de entrar desde luego en las casas, nos pusimos á recorrer las calles abriendo la boca como verdaderos papanatas, leyendo los rótulos de las tiendas y los anuncios de los espectáculos, exactamente como esos provincianos que se preguntan: ¿compraremos un baston, ó un paraguas? ¿iremos á las Variedades ó á la Opera?

En efecto, ¿no es una cosa curiosa ver sobrevivir á los habitantes, á las casas, á la ciudad, ese interés personal, que entonces como

hoy, procuraba por las mas humildes súplicas y con las mas bellas promesas atraer hácia sí la atencion del público, los favores de los poderosos, el dinero de todos?

¿Quereis leer algunas de esas inscripciones? Hé aqui la mas curiosa:

MARCELLINUM ÆDILEN LIGNARI ET PLANTARII ROYANT UT JAVEAT.

Lo cual quiere decir:

«Los carpinteros y cerrageros se recomiendan al edil Marcelino.»

¿Quereis saber dónde podeis alojaros? Procurad descifrar este aviso en lengua etrusca:

EKSVC* AMVIANUR* EITUMS* AUTER* TIVRRI* XII* YNI* HEIS* ARIUN* PVPH* PHAAMAT* MR* ACTRIRIIS* V.

Lo cual significa, segun dicen las gentes que hablan etrusco, y suplico al lector no me confunda con esos señores:

«Viagero, al pasar de aquí y al llegar á la duodécima torre, encontrarás á Sarino, hijo de Publio, que tiene posada. Salud.»

Y ahora que sabeis ya donde alojaros, ¿quereis ir á un espectáculo? Llamad al muchacho y decidle que vais á alquilar un puesto. Os traerá un billete concebido en estos términos:

CAR. II
CUN III.
GRAND. VIII
CASINA
PLAUTI.

Heos ahí con toda tranquilidad: teneis la segunda fila en el tercer ángulo de la octava grada, y se representa la *Casina* de Plauto.

Por lo demas, si sois más aficionados á los espectáculos del circo que á los del teatro, si preferís la realidad á la ficcion, haced mas, id hasta la encrucijada de la fuente: allí están los programas de los espectáculos; los hay para todos los gustos. Ved:

GLAD. PARIA XXX. MATUTINI ERUNT.

«Treinta parejas de gladiadores combatirán al salir el sol.»

Porque como sabeis, los combates de gladiadores eran tan apreciados por los romanos, que habia generalmente dos luchas de esta especie al dia, una por la mañana, otra al medio dia: era preciso hacer algo en favor de los perezosos.

¿Quereis mejor una caceria? ¿Sabeis á qué llamaban los romanos una caceria? Plantaban árboles en el anfiteatro para figurar un bosque; en seguida, á este bosque soltaban dos ó tres leones, cuatro ó cinco tigres, cinco ó seis panteras, un rinoceronte, un elefante, una boa y un crocodilo; despues entraban unos diez ó doce domadores de fieras, y la lucha del instinto y de la prudencia, de la fuerza y de la destreza comenzaba.

Esto era verdaderamente lo que deleitaba á los romanos. Con los hombres, con la naturaleza civilizada, con combatientes salidos de la escuela, con homicidas que se herian con arte, todo era previsto de antemano. Se hubiera podido, por poco que uno estuviese acostumbrado, dar el programa del asalto y decir cómo tal maestro daria tal golpe, cómo tal otro le pararia. Pero con los leones, con los tigres, con las panteras, con los rinocerontes, con las boas y los crocodilos, era muy diferente; allí todo era imprevisto. Cada animal desplegaba por su parte el valor, la fuerza ó la astucia que le eran propias; era verdaderamente un combate, era mas que un combate, era una carniceria. Los duelos entre los gladiadores concluian todos casi de la misma manera: el herido caia sobre una rodilla, se confesaba vencido, tendia la garganta que recibia el golpe de la manera mas graciosa que le era posible. Pero de todo nos cansamos, aun de ver morir con gracia. Ademas, esos diablos de gladiadores se entendian entre sí, no se hacian sufrir nada absolutamente: se cortaban la *carotide* y nada mas. Duraba tan poco la agonía, que apenas merecia tomarse el trabajo de hablar de ella; mientras que las fieras ¡caramba! no ponian ningun cuidado; herian como podian, con los dientes, con las garras, con el cuerno, y rompian furiosos las piernas, hacian volar pedazos de carne hasta el trono del emperador, hasta el trono de las vestales y de los caballeros, se inclinaban sobre el moribundo, le desgarraban el pecho, le mordian la cabeza, bebian su sangre; no habia, pues, medio de tomar una posicion natural y elegir una actitud académica: era preciso padecer, golpearse, gritar; esto al menos divertia, y era muy curioso de estudiar. Asi el emperador Claudio, de grotesca memoria, no se movia. Iba al rayar la aurora, permanecia hasta el mediodía, y aun á menudo, cuando el pueblo se marchaba á comer, permanecia solo en su trono, y preguntaba al inspector de los juegos la hora en que iban á volver á comenzar. ¡Y bien! os diria ¿teneis el gusto del emperador Claudio? Pues aquí teneis vuestro negocio:

N. POPIDI
RUFI* FAM.* GLAD. IV. K.* NOV. POMPEIS
VENATIONE ET XII* K* MAI.
MATA ET VELA ERUNT.
O. PROCURATOR, FELICITAS.

«La compañía de gladiadores de Numerio Popidio Rufo, dará una caceria en Pompeya,

el dia 4.° de las calendas de noviembre y el duodécimo de las calendas de mayo. En ella se desplegarán las velas. Octavio, procurador de los juegos. Salud!»

Por lo demas, si no os encontrais bien en la posada de M. Varinus, sabeis que podeis alojaros donde gusteis. Buscad, hay anuncios de habitaciones que se alquilan por todas partes. ¿Os hace un segundo piso?

«Neyo Pompeyo Diógenes alquilará en las calendas de julio el piso superior de su casa.»

¿O quereis mejor ser inquilino del piso principal y ganar algo vendiendo al pormenor? Hay una cierta Julia Felix, hija de Spurio, que propone alquilar desde el primero al seis de los idus de agosto, y por cinco años consecutivos, una parte de su patrimonio, que se compone de un departamento con los baños, un *venereum*, y nuevecientas tiendas y tornos. Solo que se os advierte que es una muger honrada, y que no permite pasen en su casa mas que cosas regulares. De otro modo el contrato quedará rescindido con pleno derecho. He aqui las condiciones; cada uno puede hacer lo que guste, aceptarlas ó no:

IN PRÆDIS JULIÆ S. P. F. FELICIS LOCANTUR BALNEUM,
VENEREUM ET NONGEUTUM TABERNÆ, PERGULÆ. CÆNACULA EX IDIBUS AUG. PRIMIS. IN ID. AUG. SEXTAS, ANNOS CONTINUOS QUINQUE
S* Q* D* L* E* N* C*

Os habia dicho que era muy severa; su última condicion se indica tan solo por iniciales.

Ahora, si no habeis venido para alquilar ni para subarrendar, si no quereis gastar vuestro dinero en el teatro ó en el circo, si vuestra bolsa está vacía, lo que puede suceder á la gente mas honrada de la tierra, y lo que acontece con mas frecuencia á estos que á nadie, esperad al dia de las calendas de junio: el edil da espectáculo gratis.

Sabeis lo que es un edil, ¿no es asi? Es un hombre que se ha comido la tercera parte de su fortuna para conseguir lo que es, y que se comerá las otras dos partes para llegar á ser pretor. Asi que en cuanto á la justicia que debe administrar, no se ocupa para nada. Que estuviese juzgando como el emperador Claudio, desde la mañana hasta la noche, y nadie le apreciaria. No, su condicion es divertir al pueblo, para eso es para lo que el pueblo le ha nombrado. Asi cada ocho dias hay una fiesta, un combate de gladiadores todos los meses, y una caceria cada semestre. Consiste esto en que las fieras cuestan caras: las hace venir del Atlas, del Nilo y de la India. Con el precio de un leon de melena, se compran ocho gladiadores. Las panteras cuestan seis mil sextercios, y los tigres diez mil. No se encuentran rinocerontes sino mas allá del lago Natron. Es preciso subir hasta la tercera catarata para pescar un crocodilo de diez pies, y la boa mas pequeña tiene un precio fabuloso. Aulo Svecio Ario, que os promete una caceria para el mes de julio, estará arruinado al mes de setiembre; pero ¿qué importa? En el mes de octubre se hacen las elecciones, y si el edil ha divertido bien al pueblo, será elegido pretor, es decir, rey de una provincia; no de una provincia como el Langüedoc ó el Berry, la Bretaña ó el Artois, la Alsacia ó el Franco Condado: no son miserables pedazos de terreno lo que Roma tiene por provincias: las provincias de Roma son el Africa, la España, la Siria, el Egipto, la Grecia, la Capadocia y el Ponto; mil leguas cuadradas de terreno, seiscientas ciudades, diez mil aldeas, veinte millones de habitantes, no para gobernar, no para dirigir, no para civilizar, sino para saquear, robar, oprimir, porque todo le está permitido al pretor; tiene plenos poderes. El pretor tiene derecho de vida y muerte, del pretor son los templos y sus estátuas, los hombres y sus tesoros, las mugeres y su honor.

Todos los acreedores del edil han seguido al pretor como una jauría: la provincia es su ralea; cada uno se lleva de ella un mendrugo, un pedazo, un giron: la provincia finiquita las cuentas, paga á los acreedores, enriquece al caballero. Daban á Tiberio el consejo de cambiar los pretores que habia enviado á Grecia, á Judea y á Egipto, porque decian que devoraban aquellas desventuradas provincias que tantos otros habian ya devorado antes que ellos.

«Si espantais las moscas que beben la sangre de un herido, respondió Tiberio, vendrán otras vacías, y por consiguiente hambrientas.»

Id, pues, á la caceria del futuro pretor, puesto que es bastante rico para dar el espectáculo gratis á los setenta mil espectadores que contiene el circo. He aqui su anuncio:

LA FAMILIA DE LOS GLADIADORES D'AULO SVECIO CERIO,
EDIL, COMBATIRA EN POMPEYA EL ULTIMO DIA DE LAS CALENDAS DE JUNIO. HABRA CAZA Y VELARIUM.

El *velarium*, como sabeis, era un toldo que cubria el anfiteatro, compuesto de todos colores, gris, amarillo, azul. Neron habia hecho construir uno de seda azulada con estremos de oro, en medio del que se hizo representar en figura de Apolo con una lira en la mano y conduciendo el carro del sol.

Ahora bien, acaso haya otra cosa mas curiosa todavia para el observador que esos anuncios, por decirlo asi, oficiales; y son esas líneas groseras, esas sentencias de taberna, esos refranes de figon trazados en la pared con la punta de un carbon ó el estremo de un cuchillo. Id á la calle donde está el pequeño

teatro, y leereis en él las aventuras amorosas de dos soldados que habian llegado alli en el consulado de Marco Mesala y Nucio Lentulo, es decir, tres años antes del nacimiento de Cristo. Es una cosa muy graciosa.

Despues, pues que estais alli, entrad en la taberna misma: es una rica termopola donde los antiguos pasaban la noche jugando y bebiendo. Como el establecimiento de la célebre comadre del abate Dubois, tenia dos caras: una visible que se abria en la calle, otra secreta que se ocultaba en el patio. Del despacho se pasaba al departamento interior.

No es fácil engañarse. Por la sola inspeccion de las paredes se sabe donde se está. Las pinturas representan hombres que beben y juegan. Uno de ellos grita al muchacho que le lleve vino helado: *Da mi frigidum pusillum*. En una mesa inmediata están bebiendo algunos jóvenes con damas cuya cabeza está cubierta de un capuchon. El capuchon indica que son mugeres honradas. Este es el *cucullus* con que Juvenal cubre la cabeza de Messalina cuando desertó del palacio imperial del monte Palatino por el cuerpo de guardia de la puerta Flaminia. Por tanto, como comprendereis, estas damas no han entrado por el despacho; hay una puertecita que da á una calle estrecha, solitaria y sombria; por esta es por donde han ido y por donde se marcharon. Id y ved esa puerta.

Habia tambien en esa habitacion otras pinturas no menos curiosas que esta y que se han quitado. Se encuentran en el museo de Nápoles, donde se las reconoce por esta inscripcion: *lente inspelle*.

He prometido á mis lectores no hacer una visita domiciliaria demasiado larga. Voy, pues, á conducirlos ahora á la casa del Fauno, y no diremos mas sobre Pompeya.

XV.

CASA DEL FAUNO.

La casa del Fauno es una de las mas encantadoras de Pompeya: está situada en el barrio mas bonito de la ciudad, es decir, en el arco que se estiende desde el arco de Tiberio á la puerta de Isis; fué descubierta en 1830 por el sábio director de las escavaciones, Cárlos Bonucis, en presencia del hijo de Gœthe, el mismo á quien precedió muy pocos meses su ilustre padre en la tumba. Recibió el título de casa del Fauno de la estátua de uno de estos semidioses que en ella se encontró.

Atravesando el umbral del atrium, se descubre de una mirada toda la casa. Este atrium estaba pintado de colores vivos y variados tenia el pavimento de jaspe rojo, de ágatas orientales y de alabastro floreado. Alcobas, salones de audiencia, comedores rodean este atrio.

Detrás hay un jardin que debia estar todo sembrado de flores; en medio de esas flores y de ese jardin habia una fuente cuyo surtidor caia en una pila de mármol. Al rededor se estendia un pórtico sostenido por veinte y cuatro columnas de órden jónico; mas allá de las que se veian todavía otras columnas y un segundo jardin, plantado éste de plátanos y laureles, á cuya sombra se elevaban dos templos pequeños consagrados á los dioses lares.

La vista se estiende mas allá hasta la cima del Vesubio, cuyo humo perpétuo se ve elevarse hasta el cielo.

A pesar de esta vista, los propietarios de esta bella mansion no fueron prevenidos á tiempo del peligro. Todo se encontró en su lugar: cosas comunes, como objetos preciosos, urnas de oro, copas de plata, vasijas de porcelana; los unos en los armarios, los otros en las mesas servidas para comer. Solo la dueña de la casa intentó al huir llevarse algunas alhajas. Acaso por cogerlas perdió un tiempo precioso. Se reconoció su esqueleto en la sala de recibo, y á algunos pasos de ella en el gineceo, se encontraron dos brazaletes de oro de mucho peso, dos pendientes, siete anillos de oro que tenian engastadas bonitas piedras grabadas, y en fin, un monton de monedas de oro, plata y bronce.

Entre el jardin y el bosque estaba situado el salon.

Detengámonos en este salon, y meditemos. Llegamos á una obra maestra antigua, cuya exhumacion faltó poco para que produjera la trigésima tercera revolucion en la muy fiel ciudad de Nápoles.

Hablamos del grande mosaico.

El gran mosáico fué descubierto en 1830, año de las revoluciones.

Pero nuestra lucha es tranquila. Cuando de tarde en tarde se oye dentro de la ciudad algun disparo que resuena en contravencion á las órdenes de la policía, todavía nos causa estremecimiento, y se escucha con inquietud si no se oye al estremo de la calle tocar generala; pero la generala es muda. El ruido de los carruages que pasan atestiguan que por el momento no hay barricadas en las inmediaciones. Todo se calma bajo la lenta y sorda presion del tiempo.

Pero no ha sido asi en Nápoles. Los anticuarios forman una raza aparte, mucho mas tenaz, mucho mas rencorosa, mucho mas ergotista que las demas razas. Los odios políticos son nada en comparacion de los odios arqueológicos, y la razon es muy sencilla: los odios políticos matan, los odios arqueológicos no hacen mas que herir.

¡Es una cosa terrible el gran mosaico! Este

será para el porvenir lo que la Máscara de Hierro ha sido para el pasado. Hay nueve opiniones acerca de la Máscara de Hierro, y ya hay diez acerca del gran mosáico; y nótese que la Máscara de Hierro data de 1680, mientras el gran mosáico no data mas que de 1830.

Escusado es decir, que ninguna de las opiniones inventadas acerca del gran mosáico está reconocida todavía como cierta. Se sabe que no es; pero no se sabe cuál es.

Desearia tener un pincel en lugar de una pluma, os haria un boceto del gran mosaico, y acaso de este boceto resultaria una undécima opinion que seria la verdadera. *Numero deus impare gaudet.*

A falta de un diseño, es preciso que el lector se contente con una descripcion.

El gran mosáico, que tendrá diez y seis pies de ancho y ocho de alto, representa una batalla. El artista ha elegido el momento supremo y decisivo en que la victoria se declara por uno de los ejércitos: esta victoria es ganada por la caida de uno de los principales personages.

Los dos gefes de los dos ejércitos están frente á frente: uno que parece tener treinta años próximamente, está montado en uno de esos bonitos caballos de batalla como los que esculpia Phidias en el friso del Parthenon, tiene la cabeza descubierta, lleva los cabellos cortos y barba corrida, y por armas defensivas tiene una coraza ricamente adornada con mangas de tela, y una clámide que pasando por encima del hombro izquierdo, cae flotando por detrás. Sus armas ofensivas son la espada que ciñe al costado y la lanza que tiene en la mano, y con la que atraviesa por el costado á uno de los generales enemigos quien embarazado por su caballo que ha caido no ha podido evitar el golpe, y se agarra retorciéndose por el dolor, al asta de la lanza de su adversario. Esta caida, y sobre todo la terrible herida del caballero, es lo que parece haber decidido la victoria.

En cuanto al vencedor, ocupa el primer término en el lado izquierdo del gran mosaico. Detrás de él hay tres ó cuatro caballeros que armados del mismo modo, pertenecen evidentemente á la misma nacion. Ademas, vienen de donde él viene, van donde él va.

El otro gefe está montado en un carro arrastrado por cuatro caballos y ocupa el lado opuesto del cuadro. Tiene la cabeza cubierta con una especie de caperuza, que despues de dar vuelta á la frente pasa por debajo de la barba. Una túnica con mangas perdidas y un manto cubren su pecho y caen por sus espaldas; tiene en la mano izquierda un arco y en la actitud del interés y el terror, estiende su mano derecha hácia el caballero herido. Entretanto, su cochero que tiene las riendas con la mano izquierda, obliga á los caballos á volver, y emprende la fuga sacudiéndolos latigazos con la mano derecha.

Un cuarto personage colocado como los otros tres en primer término del cuadro, tiene de la mano un caballo que ofrece al parecer al gefe montado en el carro, porque comprendiendo sin duda la dificultad que esperimentará el carro para pasar á través de los muertos, los heridos y las armas de que está lleno el campo de batalla, quiere ofrecer á su gefe un medio mas seguro de salvacion.

El fondo del cuadro está ocupado por los soldados del segundo gefe, uno de los cuales lleva un estandarte, y los demas sacrificándose por su general se lanzan entre él y el general enemigo.

Por encima de los combatientes se eleva un árbol despojado de follage.

Entre todos hay veinte y ocho combatientes y diez y seis caballos, todos una tercera parte mas pequeños que lo natural.

Desgraciadamente este bello mosaico habia sido estropeado por el temblor de tierra del año 53, y se ocupaban en repararle cuando se verificó la erupcion del año 69.

¡Mas para que veais la casualidad! precisamente ese desastre estropeó los sitios que podian dar luz á los anticuarios acerca de la época en que tuvo lugar esta batalla y de las naciones que peleaban. Hemos hablado de una bandera. Esta bandera debia tener un leon, un águila, un animal cualquiera. Existiendo se hubiese sabido á que atenerse: ya no habia mas discusion, todo el mundo estaria acorde, la Academia de Herculano continuaria viviendo en la concordia. Pero ¡oh dolor! no queda del estandarte mas que la lanza y el asta; del animal que tenia, ni el menor vestigio, solo un estremo de cresta, segun pretenden los que desean ver allí un gallo. Por mi puedo decir que nada he visto.

Pero precisamente porque no se ve allí nada, es por lo que la cosa ha adquirido una inmensa importancia. Ya comprendereis, se trata nada menos que de esplicar un enigma científico, de resolver un problema arqueológico. ¡Qué buena fortuna para los sábios!

Asi que todo se ha precipitado sobre el gran mosaico y han visto en él una batalla diferente.

La opinion general creyó que era la batalla de Issus, entre Darío y Alejandro.

Il signor Francesco Avellino pretendió era la batalla del Granico.

Il signor Antonio Niccolini aseguró que era la batalla de Arbella.

Il signor Cárlo Bonunci que era la de Platea.

Monsieur Marchand la de Maraton.

Il signor Luigi Vescorali aseguró ser la derrota de los galos en Delfos.

Il signor Filippo de Romanis que era el encuentro de los drusos y de los galos en Lion.

Il signor Pascuale Ponticelli la derrota de Ptolomeo por César.

El marqués Sarditi pretende que es la muerte de Sarpedon.

En fin, il signor Giuseppe Sanchez ve allí un combate entre Aquiles y Hector.

Hay en que escoger ¿no es verdad? Pues bien, no es nada de eso.

—Pero en fin, ¿por qué no es nada de todo eso?

—Voy á deciroslo. Comenzamos por la opinion general; como se sabe, siempre es la mas difícil de derribar, por mas que frecuentemente es la mas absurda.

«La opinion general pretende que la batalla representada en el gran mosaico es la batalla de Issus, dada entre Darío y Alejandro, y por consecuencia entre los persas y los macedonios.»

La opinion general es una ignorante.

Herodoto dice que las lanzas de los persas eran cortas: ahora bien, segun la opinion general, los persas son los vencidos en el mosáico y las lanzas de los vencidos en el mosáico son desmesuradamente largas.

Dice Arriano que muertos los soldados mercenarios, emprendieron los persas la fuga, pero que como los caballos se encontraban abrumados bajo el peso de las armaduras de sus ginetes, estos eran alcanzados fácilmente y muertos por sus enemigos. Pues ninguno de los vencidos en el mosaico posee, visiblemente al menos, una coraza bastante pesada para imposibilitar la carrera á un caballo.

Plutarco dice que los persas llevaban en sus combates un gran número de carros que tenian muchas hoces. En toda la batalla representada en el mosáico no hay mas que un carro, y ese no tiene ni una hoz.

Pasemos de los soldados á los gefes.

La opinion general asegura que el gefe vencedor es Alejandro.

En todos los retratos, en todos los bustos, en todas las medallas que poseemos de Alejandro está representado sin barba, y el gefe vencedor tiene patilla.

Alejandro llevaba, segun todos los biógrafos, la cabeza inclinada hácia el hombro izquierdo, y el gefe vencedor tiene la cabeza inclinada sobre el hombro derecho.

En fin, sabido es que, escepto en la batalla del Granico, Alejandro peleaba siempre sobre Bucéfalo, el cual era una tercera parte mayor que los demas caballos y su cabeza parecia á una cabeza de buey, semejanza de donde le viene el nombre de bous Kephale. Pues bien, el caballo del gefe vencedor es de talla ordinaria y no tiene esa fisonomía de buey que atestiguan los historiadores.

La opinion general pretende que el gefe vencido es Darío.

Quinto Curcio dice que el carro que montaba Darío resplandecia de pedrería, que sobre su carro habia dos figuras de oro macizo, altas de un codo, las cuales representaban la Paz y la Guerra, y que en medio de esas dos figuras, un águila tambien de oro, abria sus alas y parecia dispuesta á volar. Pues el carro del gefe vencido es un carro muy elegante, pero sobre el cual no hay señal ni de esas estátuas de la Paz y la Guerra, ni de esa águila con las alas abiertas.

Dice Quinto Curcio que Darío llevaba una túnica de púrpura listada de blanco, y un manto con franja de oro que reunian en el pecho del rey dos gavilanes que parecian picotearse. Ademas Darío tenia una tiara azul y blanca, cetro en la mano y corona en la cabeza. Esa corona, ese cetro y esa tiara, fueron las que Darío arrojó huyendo, y que cayeron en poder de Alejandro que le perseguia. Pues el manto del gefe vencido está sujeto por dos serpientes y no por dos gavilanes, su tiara es amarilla y no azul; en fin, no tiene un cetro en la mano, sino un arco.

Herodoto dice que les estorbaba mas que nada á los persas en el combate la larga túnica que llevaban hasta los talones; pues el gefe vencido, ataviado con un trage exactamente modelado por el de sus soldados, lleva una túnica que no pasa de las rodillas.

En fin, OEliamus dice que Darío, viendo perdido el combate, montó sobre una yegua que le presentó su hermano Artaxerxes. Pues lo que ofrece á su rey el guerrero que se aproxima al carro, es un caballo y no una yegua (1). Acerca de este punto no puede haber discusion.

La opinion general es, pues, completamente absurda.

Pasemos á la segunda opinion.

«Il signor Francesco Avellino pretende que es la batalla del Granico.»

Probemos que no es la batalla del Granico, como no lo es la de Issus.

La batalla del Granico tuvo lugar en las aguas y la ribera misma del rio. Los macedonios armados de lanzas, y á su cabeza Alejandro, se precipitaron en el agua, rechazaron á los persas, que querian disputarles el paso, y se apoderaron de la otra orilla. En esta lucha, Alejandro, que daba con su temeridad el ejemplo del valor, habiendo roto su lanza, pidió á Aretes, general de su caballería, la suya; rota esta segunda lanza como la primera, tomó otra de Debatrius de Corinto. Entonces fué cuando el hijo de Filipo atacó á Mitridates, yerno de Darío, que lanzaba su caballo delante de los escuadrones persas, y habiéndole herido en un costado del primer lanzazo, que no le hizo mella por rebotar en su coraza, le dió en el rostro otro golpe, del cual le derribó. En aquel momento, tan encarnizado estaba Alejandro contra el enemigo con quien combatia, que no vió á Rosaces que levantaba una hacha sobre su cabeza, y no pudo parar

(1) Se servian particularmente de yeguas para huir, porque las yeguas iban con mas velocidad que los caballos, aguijadas por el deseo de volverse á reunir con sus crias.

el golpe, que abrió su casco y le hizo en la frente una herida leve. Pero al sentirse herido Alejandro, se volvió hácia él y le atravesó el pecho de una estocada.

Ademas de esta herida en la cabeza, tenia Alejandro otra que le habia hecho el venablo de Mitrídates, y por la que perdia mucha sangre. En fin, Spiridates, que habia saltado sobre la grupa de su caballo, levantaba su maza y se disponia á hacerle la tercera, probablemente mas terrible que las otras, cuando el brazo que iba á herir fué echado al suelo por Clito. En este instante los macedonios, que se habian quedado atrás, se reunen á su gefe, y los persas, no pudiendo resistir á los cuarenta guerreros escogidos que Alejandro llamaba sus compañeros, y á la falange macedonia que les seguia, emprendierou la fuga, y con la victoria abandonaron á Alejandro la posesion de la Jonia, de la Caria, de la Frigia, y otras porciones del Asia que formaban antes la poderosa monarquía de los Jidios.

He aquí la batalla del Granico tal como la refiere Diodoro de Sicilia, Quinto Curcio y Plutarco.

Procedamos por órden.

La batalla del Granico conserva el nombre del rio, por que se dió, como hemos dicho, mitad en el agua, mitad en la tierra. Pues bien, en el gran mosáico no hay rastro del mas pequeño arroyuelo.

El guerrero vencido no puede ser Mitrídates, puesto que el primer golpe que le dió Alejandro en el costado, no produjo efecto, y hasta el segundo no le atravesó el héroe macedonio el rostro. Pues el caballero moribundo tiene, por el contrario, su rostro completamente sano, pero tiene el disgusto de tener el costado atravesado de parte á parte.

En el momento en que Alejandro heria á Mitrídates, Rosaces, como hemos dicho, se disponia á herirle á su vez. En el gran mosaico el gefe vencedor va seguido de sus soldados y no hay Rosaces, como no hay Granico. Por otra parte, dice el historiador, el hachazo dió en el casco de Alejandro, y el gefe vencedor tiene la cabeza descubierta.

Alejandro se recordará que tenia dos heridas: la que le habia hecho Rosaces, y la que le hizo Mitrídates. Pues el gefe vencedor es, por el contrario, perfectamente invulnerable, y no se ve ninguna señal de sangre en sus vestidos. La coraza de Alejandro, segun refiere Diodoro de Sicilia, estaba abierta en dos sitios. Pues la coraza del gefe vencedor está perfectamente intacta. En fin, el mismo historiador dice que el escudo de Alejandro, el mismo escudo que cogió en el templo de Minerva, estaba marcado con tres terribles golpes que Alejandro recibió en la pelea. Pues bien, el gefe vencedor ni aun tiene escudo.

No es, pues, la batalla del Granico.

XVI.

EL GRAN MOSAICO.

Continuemos nuestras refutaciones.

«Il signor Antonio Niccolini asegura que era la batalla de Arbellas.»

Probemos que no es la batalla de Arbellas, como no es la batalla del Granico.

Arbellas es el Marengo de Alejandro. Los carros con hoces de los persas, y la terrible carga que dió su caballería, pusieron en fuga á los macedonios, cuando el vencedor de Issus y del Granico, se lanzó al encuentro de Dario, que peleaba á la cabeza de los suyos, y de un golpe dirigido al rey de los persas, mató á su cochero. Este golpe fué un flechazo, segun dicen Plutarco y Diodoro de Sicilia; otros historiadores dicen un lanzazo. Pero es lo cierto que cualquiera que fuese el arma, cayó el cochero, y los persas, creyendo que era su general el que estaba herido de muerte, decayeron de ánimo y emprendieron inmediatamente la fuga. Entonces fué cuando no pudiendo dar vuelta el carro de Dario á causa de la multitud de cadáveres amontonados á su rededor, el rey de los persas saltó sobre una burra, y como en la batalla de Issus, huyó y desapareció al punto en medio del polvo que se levantaba bajo las ruedas de los carros y los pies de los camellos y elefantes, no deteniéndose, dice Plutarco, sino cuando puso el desierto entre él y su vencedor.

La victoria de Arbellas se decidió, pues, por el cochero de Dario, que cayó del carro y con su caida puso espanto á los persas. El cochero del mosaico está en pie, y por el modo como sacude á los caballos, es probable que saldria de la pelea sano y salvo.

La victoria de Arbellas fué notable sobre todo por la encarnizada lucha de las dos caballerías enemigas. Arriano afirma que esta lucha fué tan encarnizada, que los caballeros se cogian por el cuerpo y caian abrazados á los pies de sus caballos. Entre los veinte y ocho personages del mosaico no hay dos caballeros que peleen de ese modo.

Plutarco en la vida de Camilo, refiere que la batalla de Arbellas tuvo lugar en otoño. La batalla del mosaico se verificó durante el invierno, y en lo mas avanzado de él, como da fé de ello el árbol despojado de hojas.

Todos los historiadores refieren que Dario huyó en una yegua y desapareció al punto, gracias al polvo que levantaban los carros, los elefantes y los camellos. No hay en el mosaico mas que un solo carro, y este es el del rey; camellos y elefantes no se conocen.

No es, pues, la batalla de Arbellas.

«Il signor Carlo Bonnucci asegura ser la batalla de Platea.»

Probemos que no es la batalla de Platea, como no es la de Arbellas.

Segun la opinion del ilustrado arquitecto de las escavaciones, y recordaremos que este es el que ha descubierto la casa del Fauno, el gefe vencedor en el mosaico será Pausanias, rey de Esparta, y el guerrero azul seria Mardonio, yerno del rey de los persas; y el personage del carro seria Artabase, segundo gefe del ejército bárbaro.

Ciertamente nada mas cómodo que adherirnos á la opinion de Mr. Cárlos Bonnucci. Seguramente es este uno de los hombres mas instruidos que he encontrado, y ademas, de los mas amables que he visto. Pero en conciencia no podemos, por mas indignos que nos reconozcamos de cuestionar con un académico, dejarlo pasar asi.

1.º Mardonio no fué muerto por Pausanias, sino por Aimneste. Escuchad á Herodoto, que se esplica terminante sobre esto: «Mardonio, dice, fué muerto por Aimneste, ilustre ciudadano de Esparta, el cual murió despues en una batalla contra los mesineses.»

2.º No solo no fué Pausanias quien mató á Mardonio de un lanzazo, sino que Mardonio, dice tambien el mismo Herodoto, no fué muerto de un lanzazo, sino de una pedrada.

3.º El guerrero del carro no puede ser Artabase, segundo gefe del ejército, puesto que antes de la batalla de Platea, hallándose en disidencia con Mardonio relativamente al plan de campaña, ni aun quiso asistir á la batalla; y habiendo sabido que la victoria habia sido favorable á los griegos, se retiró á Fócida con cuarenta mil hombres, que como él no habian asistido al combate.

4.º En fin, no puede ser la batalla de Platea, porque habiendo sido vencidos los persas antes de esa batalla en un encuentro en que perdieron á Manisto, uno de sus gefes, ordenó Mardonio que en señal de duelo todos los soldados de su ejército se cortasen sus cabellos y barba, y que se cortasen las crines á los caballos y acémilas. Ved sino á Herodoto. «Habiendo vuelto al campo la caballería todo el ejército espresó el dolor que le causaba la muerte de Manisto, y Mardonio mas que ninguno. Asi los persas se cortaron las barba y los cabellos, y cortaron las crines de sus acémilas, y exhalaron lamentos que resonaron en toda la Beocia; y era esto porque se veian privados de un personage, que despues de Mardonio era segun el parecer del mismo rey, el primero entre los persas.» Los caballeros persas del mosaico tienen toda la barba y los caballos sus crines.

No es, pues, la batalla de Platea.

«Mr. Marchand, porque los franceses se han mezclado en esto como los demas, Mr. Marchand, digo, asegura que es la batalla de Maraton.»

Desearia no tener que contradecir á un compatriota, y sobre todo á un compatriota tan ilustrado como Mr. Marchand; pero se me acusaria de parcialidad sino probase que no es Maraton, como he probado no es Platea, Arbella, el Granico ni Issus.

Probemos, pues, que no es la batalla de Maraton, como no es la de Platea.

La batalla de Maraton, ganada por Milciades, fué perdida de parte de los persas, á mediar por Datis y Artafernes. Mr. Marchand ve, pues, á Artafernes en el general montado en el carro, á Datis en el guerrero herido y á Milciades en el gefe vencedor.

Concederemos á Mr. Marchand lo que respecta á Artafernes, pero en conciencia no podemos pasarle ni Datis ni Milciades.

A Datis porque no fué ni muerto ni siquiera herido en esta ocasion, puesto que segun Herodoto entregó á los vencedores despues de la batalla, la estátua de Apolo que les habia quitado algunos dias antes, y se retiró sano y salvo á Asia con el resto del ejército.

A Milciades porque tenia entonces cincuenta años, y el gefe vencedor del mosaico no representa mas que treinta.

En cuanto al árbol despojado de hoja, Mr. Marchand ve en él sus geroglíficos. En su opinion este árbol está allí para simbolizar la idea del historiador, que dice, que en Maraton los atenienses no fueron hombres de carne y hueso, sino hombres de madera.

Es, pues, nuestro parecer, á pesar del árbol simbólico, que no es esta la batalla de Maraton.

«Il signor Luigi Vescorali pretende que es la derrota de los galos en Delfos.

Probemos que no es la derrota de los galos en Delfos, como no es la batalla de Maraton.

Segun il signor Luigi Vescorali los que acometian serian los griegos, el guerrero herido el breno ó general y los soldados vencidos los galos. En cuanto al personage del carro, como il signor Luigi Vescorali no sabe quien representa, nada tenemos que decir.

En primer lugar no son aquellas las armas, ni el trage, ni la manera de combatir de los galos. ¿Dónde están los calzones de cuero? ¿Dónde los arcos con que lanzaban sus flechas con la rapidez del relámpago? ¿Dónde esos inmensos escudos que les servian de lanchas para atravesar los rios? Nada de esto hay en los vencidos del mosaico.

Pues ahora oid la relacion de Amadeo Thierry, relacion tomada de Valerio Máximo, Tito Livio, Justino y Pausanias, y juzgad:

«Era entonces el otoño, y durante el combate, se habia formado una de esas tormentas repentinas, tan comunes en las altas cadenas de la Helade; estalló de repente, derribando en la montaña torrentes de lluvia y granizo: